

UNIVERSO MULTIMEDIA

ENRIQUE DANS

Profesor del Instituto de Empresa

¿Dónde estás?

Hace unos días, estuve en una comida organizada por una revista. Los invitados fueron llegando, se presentaron y charlaron informalmente un rato. Hasta aquí, situación normal. Sin embargo, había alguna variación sobre "lo clásico" en este tipo de situaciones, que no habrían pasado desapercibidas a un observador sagaz: en primer lugar, los invitados, al presentarse,



Quien no aparezca en un buscador hoy es porque vive en otro mundo. Antes, Internet era lo raro

no daban las típicas dos piezas de información, "hola, soy Fulano, de Mengáñez, S.A.", sino tres piezas: "hola, soy Fulanito, de Mengáñez, S.A. y de loquesea.com".

Y no es que todos ellos perteneciesen a dos compañías. La mayoría eran personas que escribían un *blog*, poseían una página, lugar o repositorio (varios, en algunos casos) de información personal en Internet. La segunda diferencia era la falta de un elemento común en toda reunión profesional: la tarjeta de visita. Ninguna tarjeta, hasta que llegó a la reunión un "extraterrestre", una "persona que venía de otro mundo", del "mundo papel" (era la redactora de la revista), y nada más llegar, como es habitual, extrajo un taquito de tarjetas y las repartió entre los asistentes. La reacción fue curiosa: casi todos llevaban tarjeta de visita y, correspondiendo cordialmente al gesto, la intercambiaron. Pero la sensación tenía un cierto punto *déjà vu*, de "regresión espaciotemporal", de gesto anacrónico, e incluso hubo algún comentario simpático al respecto.

Un alto directivo de IBM comentó recientemente que estaba pensando en dejar de hacerse tarjetas, y sustituirlas por un comentario tipo "soy Fulano, *google me*". Obviamente, no es una actitud radical. No se trata de eliminar la tarjeta de visita, empezando porque el día que conoces a mucha gente, tendrías que tener muy buena memoria para recordarlos a todos, y el intercambio de tarjetas electrónicas es aún algo farragoso. Pero en Estados Unidos, incluir el *google me* en la tarjeta se considera *cool*, de moda, y empieza a ser habitual: da una oportunidad a la persona que acabas de conocer para saber qué has hecho, a qué te dedicas o qué escribes. Y tiene su gracia, porque nuestra "visibilidad" depende de factores que no escogemos nosotros, como el nombre o apellido: si te llamas John Smith (o Pepe Pérez), o añades más datos a la búsqueda, pistas, hilos desde donde sacar el ovillo, o no hay cristiano que te encuentre. O bien te haces una página o *blog* personal, una "casa en la red", lo cual te permite controlar, al menos, el punto de arranque desde el que alguien puede enterarse de quién eres, tu vida, experiencia y milagros.

Lo interesante, realmente, es la concepción de la red como repositorio de información. Hace muchos años, cuando Internet estaba en sus comienzos, aparecer en alguna página era sinónimo o bien de ser "muy raro y muy *techie*", o bien de ser tan famoso que hasta los muy raros y muy *techies* hablaban de ti. Encontrabas al programador de la última subrutina de un programa, al presidente de los Estados Unidos, y a los actores (y si el presidente era actor, la cosa mejoraba sensiblemente), pero el común de los mortales, el "average Joe", no solía estar ahí.

Ahora, si no apareces en buscadores y redes sociales, es que o te afeitas por las mañanas con un pedernal afilado, o es que has estado metido en una cueva en las montañas durante los últimos diez años, y existen grandes posibilidades de que seas Unabomber, Leatherface o el carnicero de Milwaukee. Existen ya empresas en las que no obtendrás trabajo si envías un currículum: debes enviar una dirección web. Hágase un *ego-search*, y piense en la imagen que proyecta ante la red, en las pistas que proporciona a quien le quiera encontrar. ¿Está en el mundo? ¿No lo está? El mundo está en la red. Y usted, ¿dónde está?